

MARTÍNEZ CABALLERO, Santiago y SANTOS YANGUAS, Juan (coords.). *Paisajes sagrados de la Antigüedad en el valle del Duero. Actas del coloquio. Segovia, 18 y 19 de octubre de 2018*. Anejos de Segovia Histórica 3. Segovia: Museo de Segovia y Asociación de Amigos del Museo de Segovia, 2021, 215 pp. [ISBN: 978-84-697-9419-7].

Los estudios sobre el paisaje no resultan nuevos en el ámbito de la Arqueología ni de la Historia Antigua. Lo que sí resultan novedosas son las formas de abordarlo en sus variadas y complejas manifestaciones. Precisamente, a una de ellas —la sacralización del territorio— está dedicado el volumen que aquí reseñamos y que es fruto de una de las reuniones que, de forma periódica, congrega en Segovia a especialistas en diferentes campos, capitaneados por Santiago Martínez Caballero y Juan Santos Yanguas, y que ven la luz en la serie Anejos de Segovia Histórica.

Como exponen los editores de la obra en la «Introducción» (pp. 9-10), desentrañar las diferentes realidades y aristas que presenta el paisaje sacralizado es una tarea surcada de dificultades. La variedad de manifestaciones asociadas al territorio sacralizado, los problemas que se presentan en muchos casos a la hora de identificarlas e interpretarlas y la existencia de un registro parcial dotan de mayor valor a las contribuciones recogidas en esta obra.

Precisamente, a las cuestiones teóricas y dificultades de caracterización que presentan los paisajes sagrados está dedicado el trabajo de F. Marco Simón que abre el volumen. Bajo el título «Formas y cambios en los paisajes sagrados», el especialista en religiones de la Antigüedad analiza los problemas

que plantea la identificación de los paisajes sagrados y algunos de los elementos que permiten caracterizarlos. Estas páginas constituyen un marco muy útil, ya que permite comprender algunas de las realidades recogidas en el resto de aportaciones. En la primera parte del trabajo, el autor se centra en las múltiples capas que presenta un paisaje sagrado, producto de los diferentes elementos que han intervenido en su configuración a lo largo del tiempo y, al mismo tiempo, reflejo de las diferentes percepciones del investigador que intenta acercarse a esta realidad. Considera esencial para aprehender el paisaje sagrado la realización de estudios comparativos con otras culturas y la interrelación de la mayor cantidad posible de aspectos asociados al paisaje. Tras esta presentación, F. Marco examina los diferentes elementos que permiten identificar ese carácter sagrado de un territorio, diferenciando entre aquellos que se han visto afectados por la acción humana, como las construcciones y la escritura, y los que por su propia naturaleza presentan ese carácter sagrado sin alteración alguna. Su planteamiento no queda, empero, circunscrito al ámbito teórico, pues el autor lleva a cabo un análisis individualizado de esos elementos en la cuenca del Duero.

A uno de esos elementos visibles —los santuarios— está dedicada la contribución de S. Martínez Caballero, «Paisaje sagrado en la ciudad celtíbera y romana de *Termes* (Tiermes, Soria, Hispania citerior)» (pp. 27-60). La antigua *Termes* constituye un excelente laboratorio para analizar las metamorfosis del paisaje sagrado en la Antigüedad. Al mismo tiempo es un paradigma de los problemas que plantea el análisis de un paisaje que aún

la continuidad de ocupación y los problemas de interpretación del registro material carente, en muchos casos, de claves para ello. Un magnífico ejemplo de todo ello es la acrópolis del yacimiento, donde se observa la transformación de un culto gentilicio en uno poliado de carácter público, un cambio que tuvo su correspondencia material con la sustitución del anterior edificio por un templo en el siglo II a. C. Esta continuidad del espacio sagrado supuso, no obstante, una redefinición que afectó a las relaciones con la comunidad. Pero este no fue el único caso de transformación del paisaje sagrado de la antigua *Termes*. Un proceso parecido parece constatarse en otros espacios urbanos y suburbanos de la ciudad celtibérica, que se habrían visto transformados a partir de la ocupación romana. Esta última cuestión refuerza esa relación directa entre los aspectos político-ideológicos y los paisajes sacros. En el caso de la antigua *Termes*, esa cuestión está muy bien ilustrada en la refundación física y simbólica de la ciudad tras las guerras sertorianas y en las que los aspectos religiosos también se vieron afectados. La materialización de ello fue la construcción de un santuario fundacional republicano en el que confluyeron las connotaciones religiosas e ideológicas, pues en la redefinición del espacio de la ciudad a esa parte se la dotó de un carácter sagrado y simbólico de primer orden que, en la práctica, suponía la ruptura con la ciudad y el ordenamiento celtibéricos, aunque ello no implicase la desaparición de ese espacio sagrado tradicional para la comunidad. Este cambio no dotó, sin embargo, a la ciudad de su fisonomía sagrada definitiva. La llegada del Principado conllevó varias modificaciones y reestructuraciones

del espacio urbano para adecuarlo a la nueva realidad ideológica. Dichas transformaciones supusieron sucesivas monumentalizaciones del centro sagrado-simbólico con las consiguientes amortizaciones de los espacios y santuarios previos, reflejo de la sustitución de unos valores por otros, un proceso que se cierra con la dinastía Flavia. Pero el paisaje sacro de *Termes* no se circunscribió al ámbito urbano. El *territorium* también se vio afectado por la sacralización, presentando asimismo un largo recorrido de transformaciones, del que, en muchas ocasiones, solo disponemos de la última fase. La funcionalidad de esos espacios viene marcada en muchos casos por su posición con respecto al núcleo urbano, pudiendo hablar de santuarios suburbanos o del territorio, estos últimos con una vocación delimitadora o identitaria, funciones ambas que contribuían a definir de forma integral el paisaje urbano de una *ciuitas* como *Termes*.

A estos aspectos —a la existencia de determinados lugares que definían los diferentes niveles del paisaje sagrado de una ciudad— está dedicada la tercera contribución de la obra, «*Loci consecrati* en el territorio de una *ciuitas* romana: *Confloenta* (Duratón, Segovia)» (pp. 61-90), firmada por S. Martínez Caballero, J. Santos Yanguas, V. M. Cabañero Martín, J. M. Labrador Vielva y C. Martín García. Frente a lo visto en el caso de *Termes*, no contamos para la antigua *Confloenta* con una secuenciación tan completa para su evolución como núcleo urbano. Pese a esas diferencias, la antigua *Confloenta* presenta una rica variedad de testimonios que permiten conocer la complejidad de un paisaje sagrado en una *ciuitas*, que estaba integrado

por diversos espacios que presentaban unas características y funcionalidad propias, pero que, al mismo tiempo, componían un conjunto interrelacionado. Uno de esos espacios sagrados era el del propio núcleo urbano, del que solo conocemos hasta la fecha el caso de las termas, donde se rendiría culto a Fortuna, y la constatación del culto imperial en el foro de la ciudad. Un carácter delimitador o separador entre la ciudad y el territorio se ha atribuido a lo que se han considerado dos santuarios suburbanos: el del foro pecuario y el denominado de «Las Muñequillas». Más prolifas son las noticias que permiten intuir el paisaje sagrado del *territorium* de la *ciuitas*. En este caso, los testimonios epigráficos y los restos materiales permiten apuntar la existencia de lugares dedicados a distintos cultos y con unas características formales y funcionales diferenciadas, aunque con algunos elementos comunes. Tal parece haber sido el caso de los cultos a las aguas, con una importante presencia tanto en la ciudad como en su territorio, como atestiguan los casos de la Fuente Giriego y otros *loci* asociados al poder evocador de la naturaleza. Este rasgo es el que permite a los autores plantear la posibilidad de una continuidad de culto desde época prerromana que solo resulta visible a través de las manifestaciones materiales de época romana y del establecimiento de conexiones entre ambos mundos. Otro excelente ejemplo de la sacralización de los lugares naturales y de esa continuidad son las cuevas, que constituyen uno de los elementos bien atestiguados del paisaje sacro del *territorium* de la antigua *Confloenta*, como demuestra la archiconocida y prolifera en resultados Cueva de la Griega.

Todo lo expuesto hasta ahora permite a los autores desarrollar un esquema jerarquizado del paisaje sagrado en la antigua *Confloenta* o, si se prefiere, identificar diferentes paisajes sagrados atendiendo a su función y carga ideológica, pero también a las relaciones que esos *loci* mantenían con la *ciuitas* y su territorio.

Uno de esos *loci*, concretamente la Cueva Labrada, es objeto de estudio en el cuarto trabajo, firmado por J. Santos, S. Martínez Caballero, A. L. Hoces de la Guardia Bermejo y V. M. Cabañero Martín y titulado «¿Un santuario de Diana en Cueva Labrada, Sepúlveda (Segovia)?» (pp. 91-107). Antes de analizar la cueva propiamente dicha, los autores llevan a cabo un análisis del entorno que les permite identificar otros espacios similares, circunstancia que es interpretada como una sacralización del *territorium* de *Confloenta* con posibles funciones delimitadoras. Pero el mayor interés que presenta esta contribución es la lectura que plantean de la citada cueva. Según los firmantes, nos hallaríamos ante un santuario que formaría parte de un complejo de culto integrado por diversos elementos y edificios con funciones cultuales y habitacionales, fruto de su ubicación liminar y de los posibles ritos que allí se desarrollaban. En relación con esta cuestión, los autores mantienen la tradicional vinculación del santuario con Diana, aunque sin descartar que se tratase de una divinidad indígena, hipótesis que explicaría los interrogantes que acompañan al título de esta contribución.

Siguiendo el propio orden de las aportaciones, el trabajo de J. F. Fabián García «Templos cristianos sobre templos paganos en la secuencia de cultos

de la ciudad de Ávila» (pp. 109-128) incide sobre ese carácter dinámico, pero al mismo tiempo continuista, de los paisajes sagrados, en los que el carácter funcional permanece, aunque los mensajes y la intencionalidad se alteren. Para ello se centra en el caso particular de Ávila, un núcleo que acredita una ocupación permanente desde época romana tardorrepública hasta nuestros días. El propósito del autor es bastante sencillo: identificar la posible continuidad de uso religioso de determinados espacios entre el mundo pagano y la reorganización urbanística y política de la ciudad entre finales del siglo XI y la primera mitad del XIII. Dicha tarea no resulta sencilla, teniendo en cuenta que el autor basa su estudio en unos trabajos arqueológicos que no son sistemáticos ni completos y en la distribución de los restos epigráficos asociados a la religión romana que, en su mayoría, carecen de contexto y que presentan problemas de interpretación. Aunque interesante por su planteamiento, la asociación que J. Francisco Fabián García establece entre la presencia de restos de enterramientos del período romano de la ciudad y la existencia de santuarios de ese período resulta bastante atrevida. Del mismo modo, la relación entre la presencia de inscripciones votivas romanas en las iglesias medievales y la continuidad del uso religioso de esos espacios plantea algunos problemas interpretativos. Habrá que esperar a la realización de futuros trabajos arqueológicos de cierto calado en las iglesias que se presentan como ejemplos para confirmar algunas de las interesantes propuestas que recoge este trabajo.

También a la parte suroccidental española de la cuenca del Duero,

en este caso a la provincia salmantina, está dedicado el trabajo de M. Salinas de Frías, titulado «Epigrafía, religión y paisaje en el occidente de la cuenca del Duero en época imperial romana (provincia de Salamanca)» (pp. 129-150). A partir de la epigrafía votiva de época imperial, en la práctica, y a falta de otros elementos más significativos, la única fuente disponible para estudiar la religión de estos territorios, el autor perfila el marco de los paisajes religiosos en esas tierras durante la Antigüedad. Un primer elemento que caracteriza ese paisaje es la marcada ausencia de testimonios epigráficos asociados al culto en los núcleos urbanos y sus territorios, frente a una mayor presencia en el ámbito rural o vinculados a los asentamientos característicos de la II Edad del Hierro que no llegaron a constituirse en *ciuitates*. Tras esta carta de presentación se procede al estudio detallado de esos testimonios, que son presentados en forma de catálogo, diferenciando, por una parte, las piezas de carácter votivo que integrarían la religiosidad privada e individual —cuyo número asciende a 26 testimonios— de aquellas que conformarían los cultos o la religiosidad oficial, representada en este caso por el culto imperial, para la que contamos con tres inscripciones. Pero más allá de estos testimonios epigráficos existen otros elementos materiales, concretamente restos escultóricos, que parecen incidir en la importancia de ese culto al emperador y la familia imperial.

Todos estos datos permiten al autor identificar una jerarquización de los ambientes religiosos o, si se prefiere, la existencia de diferentes paisajes sagrados. Dicha caracterización viene marcada principalmente por el ámbito en el que se desarrollaron los cultos,

con una dualidad urbano/rural. A su vez, en el ámbito urbano existiría una diferenciación funcional de los espacios sagrados, distinguiendo entre el espacio central de la *ciuitas*, que estaría dedicado al culto imperial y a otros cultos oficiales, y la zona suburbana, donde se desarrollarían cultos de tipo privado en el ámbito de las villas. Más allá de esos ambientes urbanizados que representan las *ciuitates*, se constata una importante concentración de testimonios en determinados lugares y zonas que parecen hablarnos de la existencia de santuarios o, al menos, de lugares de culto. En muchos casos, esos parajes parecen haber cumplido funciones de articulación del territorio al actuar como centros de culto para los *territoria* de algunas *ciuitates* o incluso para lo que podríamos denominar asentamientos secundarios. En otros, esa concentración de testimonios parece responder a la presencia de población asociada a determinadas actividades, como pudo ser la extracción de minerales en el occidente y suroeste salmantinos, circunstancia que estaría detrás de la mayor densidad de población que presenta esa parte de la provincia en la Antigüedad y que también podría explicar la existencia de esos paisajes religiosos a partir de la continuidad con el mundo prerromano.

Un panorama muy similar al que acaba de verse para los territorios salmantinos es el que presenta la aportación de Th. G. Schattner, «Hacia una tipología arqueológica de santuarios y depósitos votivos del oeste hispano prerromano y romano» (pp. 151-181). En este caso, el autor propone una clasificación tipológica de los santuarios y depósitos votivos prerromanos y romanos no urbanos del occidente

peninsular. En relación con esta última cuestión, y contrariamente a lo que podría esperarse en función de la temática de este volumen, no son los territorios de la cuenca del Duero los que constituyen la principal área de estudio, sino los territorios suroccidentales de la península ibérica. Esta circunstancia viene condicionada por la disponibilidad del registro arqueológico, que constituye la base de este estudio. A nivel metodológico el establecimiento de la tipología tiene como base dos elementos: la apariencia arqueológica interna de los santuarios, en la que se incluye no solo los elementos constructivos, sino también los objetos allí depositados, y sus características externas, prestando especial atención al entorno y la ubicación. El análisis detallado de los restos permite identificar seis tipos de santuarios que no constituyen en ningún caso un modelo cerrado. Interesante en relación con la configuración del paisaje sagrado es la determinación de la duración de los santuarios y depósitos votivos y la relación con el entorno y entre ellos, aspecto este último que permite la identificación de regiones, elemento cuyas implicaciones pueden ir más allá de lo religioso. El estudio sistemático de esos santuarios permite identificar asimismo determinadas pautas en lo referido a su duración y funcionamiento, hasta el punto de establecer hitos temporales en relación con su fundación/amortización, que, en el caso que aquí nos ocupa, sería el período de los siglos II-I a. C. Resulta muy interesante la explicación propuesta para esos cambios y continuidades de muchos de esos santuarios.

En función de su ubicación en el territorio, de los elementos geográficos

asociados a ellos y de la relación que presentan con el hábitat, el autor identifica tres tipos de santuarios: los intra-urbanos, aquellos situados en las entradas de los núcleos urbanos, y que pueden ser considerados suburbanos, y los que el autor considera extra-urbanos, correspondientes a los ubicados en los *territoria* de las *ciuitates*. En esta tipología tienen cabida asimismo algunos de los modelos vistos en el apartado precedente, demostrando así la elevada flexibilidad que debe presidir la caracterización de los elementos que integraron los paisajes sacros.

A un caso concreto de paisaje religioso, en este caso indígena, está dedicada la penúltima contribución de la obra, «Três Rios (Viseu, Portugal): vislumbre de un paisaje sagrado» (pp. 183-193), que firma M.^a J. Correia Santos. El objeto de estudio en este caso es lo que parece ser un santuario en la cima del denominado castro de Três Rios. Se trata de un yacimiento idóneo para el estudio del paisaje sacro, pues aún a los diferentes elementos que lo definen: restos arquitectónicos, inscripciones religiosas y un asentamiento cercano asociado al enclave religioso. La autora portuguesa procede a analizar de forma individualizada cada uno de ellos, aunque sin perder de vista las conexiones que presentan. Comienza por los epígrafes grabados en la roca, un elemento que encuentra paralelos en otros lugares con carácter sagrado, tal y como ha podido comprobarse en alguno de los trabajos de este mismo volumen. Continúa Correia Santos con el contexto arqueológico, representado por varias cubetas en el roquedo, elementos también comunes a otros lugares sagrados en el occidente de la cuenca del Duero, aunque no siempre

resulta fácil discernir sus funciones o, en este caso, su significado. El último apartado del análisis presenta los diferentes hábitats en el entorno del yacimiento, constatándose una variedad en cuanto a la tipología y a los períodos, que van desde el Bronce Final hasta los siglos II-III. Como corolario de este trabajo, la autora lleva a cabo una interpretación de este lugar sacro incorporando todos esos elementos asociados a él. Dicha interrelación le permite atribuirle la función de centro religioso de un grupo étnico. La base para esta hipótesis es la asociación de la divinidad de una de las inscripciones con una gentilidad a partir de la similitud gráfica y la ubicación estratégica de este emplazamiento, que le habría conferido un fuerte carácter simbólico en relación con los habitantes de la zona. La participación de un ciudadano romano en una fecha tan temprana reforzaría esa idea de la importancia y simbología del lugar para los autóctonos, constatándose de esta forma la continuidad de un espacio sagrado y, al mismo tiempo, su transformación.

El volumen se cierra con la contribución de A. Redentor, «A paisagem sagrada de Panóias: (con)textos de um santuário rupestre» (pp. 195-215). El autor revisita el conocido santuario de Panóias (Vila Real) para, a partir del examen exhaustivo de las inscripciones asociadas a él y de su relación con los diferentes espacios que componen el lugar, profundizar en los actores que participaron en las ceremonias y cultos que allí se celebraron y, al mismo tiempo, entender el papel de este complejo cultural en el territorio donde se asienta. Como punto de partida, lleva a cabo un breve y sintético recorrido por la historia del yacimiento y sus características,

que lo sitúan en el grupo de santuarios asociados a parajes excepcionales. Este carácter favoreció desde época temprana su consideración de sobrenatural, circunstancia que se tradujo en la frecuentación del sitio por gentes desde época prerromana, aunque fue a partir del período romano cuando el lugar se dotó de los elementos propios de un santuario, como demuestran los elementos arquitectónicos y las inscripciones, aspecto este último que constituye quizá el principal elemento caracterizador del lugar. Precisamente a estos textos está dedicado el grueso del trabajo, donde se procede al análisis de aquellos aspectos o elementos más controvertidos, en aras de arrojar luz para la interpretación del lugar. Al igual que vimos en el caso de Três Rios, en Panoias también entra en juego un personaje romano de elevado estatus y procedente de territorios no peninsulares, aunque aquí constituye el único protagonista del programa epigráfico del santuario.

Queda por determinar el contexto o los contextos en los que se insertan esas inscripciones y que justifican el juego de palabras del título de esta aportación. No resulta tarea fácil, como demuestran las diferentes propuestas realizadas a lo largo del tiempo. No obstante, la combinación de los datos disponibles parece indicar la existencia de ambientes diferenciados desde el punto de vista funcional, articulados mediante una *vía sacra*. Dejando a un lado las posibles interpretaciones de los diferentes espacios, este santuario constituye un ejemplo excepcional que permite conocer un aspecto concreto de un tipo de paisaje sacro en el que intervienen diferentes elementos de diversa índole y características.

De lo que no hay ninguna duda es de que este lugar no ha dicho la última palabra.

Este volumen demuestra que, lejos de estar agotados, los estudios sobre los paisajes en general y los sacros en particular siguen ofreciendo muchas posibilidades. Los nuevos hallazgos y, sobre todo, los nuevos enfoques y formas de abordar el estudio, con la progresiva inclusión de metodologías más interdisciplinares, permiten penetrar en las brumas que durante tanto tiempo han cubierto nuestros conocimientos sobre los paisajes sacros en la Antigüedad. La realización de estudios regionales, como el que aquí reseñamos, constituye una buena lanzadera para lograr ese objetivo. En este sentido, los territorios de la cuenca del Duero representan un perfecto laboratorio al respecto, pues sus propias circunstancias históricas permiten elaborar estratigrafías bastantes completas sobre la configuración de esos paisajes. Y esta obra contribuye decisivamente a esos avances.

El volumen está muy bien editado y presenta una elevada calidad gráfica, algo que se agradece enormemente en un trabajo de estas características. Se echa en falta, no obstante, un mayor cuidado en algunos textos, en los que se constata un exceso de erratas.

Solo nos queda alegrarnos por una publicación como esta, surgida en un ámbito donde este tipo de iniciativas suelen ser poco frecuentes, aunque en el caso del Museo de Segovia y la Asociación de Amigos del Museo de Segovia constituye una práctica bien consolidada.

Juan José Palao Vicente
Universidad de Salamanca
palaovic@usal.es